

## *El imperativo a la letra: lectura del sujeto<sup>1</sup>*

*Dora Nilda Daniel*

Quiero agradecer la invitación a participar en estas Jornadas, y en especial a Verónica Cohen, quien me la formuló afectuosamente, subrayando la importancia capital, que evoca en mí el tema propuesto para la realización de las 6° Jornadas *Oscar Masotta*, por implicar dicha cuestión, a mi criterio, consecuencias insoslayables, para todos aquellos que practicamos el discurso del psicoanálisis. Dado que, como decía Lacan, en nuestra experiencia más cotidiana tenemos que vérnosla desde siempre con el hombre, con una demanda humana, es que para nosotros, analistas, es ineludible la dimensión que se resume en ese imperativo que el significante impone, y agudiza la confrontación entre una ley que se pretende universal, por sus razones; con otra, que no aspira a menos, por proceder de dónde procede: si la moral exige y determina, amparándose en una voluntad que declama ser el principio de cualquier acto de libertad; los caprichos de la pulsión reclaman igualdad ante la ley, por reconocerse dominados por lo incondicional de su relación al gran Otro. Y entre ambos imperativos, se encuentra el hombre aprisionado en la conjunción, aprisionamiento que cuando se manifiesta en angustia, llega –en algunos casos- a nosotros bajo la presentación de una demanda. Pero ¿cómo es posible que un imperativo opere de tal forma en el hombre, que produzca esa consecuencia, con tanta precisión observada por Freud, en el Malestar en la Cultura: es que están de por medio los desacuerdos entre el pensar y el obrar de los seres humanos?

Si la repetición es repetición de lo traumático, y lo traumático es en sí ese agujero que coacciona -coacción que se da fuera del sujeto y lo determina- atrayendo así todas las cargas, todos los sentidos, atracción que dejando en suspenso la existencia, fija en una sola frase el *ni hay ni no hay*, fuerza que atrapa en esta suspensión cualquier sentido, dando paso

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las VI Jornadas Oscar Masotta de la Escuela Freudiana de la Argentina, 2007.

al sinsentido, sustracción necesaria, que dando paso a la represión de un significante que instituye en amo, orienta las vías de constitución de la cadena, en su imperativo accionar. De ahí que Lacan, afirme que el significante es imperativo.

Si en el cruce del imperativo moral con el imperativo pulsional, el superyó, aporta su voz a través de una orden: goza, en la coalescencia del *petit a* con el ideal, encontramos las condiciones de la trama en la que el hombre queda atrapado. Queriéndose libre en su determinación queda preso de su fantasma, por desconocer sus determinaciones inconscientes.

Voy a servirme de un relato que tomé prestado de la literatura, para dar forma a lo que aquí estoy planteando.

¿Qué se puede decir de alguien que se suicidó? es la pregunta que resuena cuando uno se acerca a los momentos decisivos de la novela de **Bernhard Schlink**, *El lector*.

Construido en tres tiempos cronológicos de la vida del *lector*, el relato nos ubica en tres momentos que podemos diferenciar por su relación al mundo, relación que, como ocurre en todo buen relato, sólo se puede leer *après-coup*.

El primero se ubica cuando *el lector*, a sus quince años conoce a Frau Schmitz, Hanna, para nosotros, quien contaba en ese entonces con unos treinta y seis años de edad.

Pulsada por la pasión erótica, dicha amistad transita de la fugacidad de un encuentro, en el que el niño queda fijado a la imagen en que ella se pone las medias, a largas horas en las que el púber, le lee a la mujer madura, los clásicos de la literatura universal, en una extraña mezcla de sexo y anhelo del mundo, en la que se van tejiendo todas las articulaciones necesarias para que, culpa y arrepentimiento, queden del lado del niño, como la única prenda de paz, posible entre ellos, cada vez que tienen un desencuentro. Por eso este joven es capaz de decirnos “*convertí mi deseo en factor de un extraño cálculo moral y así acallé mi mala conciencia*”. Los días se sucedían de tal forma que simulaban una eternidad

infinita. Pero la simulación tocó su fin. Hanna desapareció. De pronto una tarde, su casa ya no es su casa, y la confirmación de que ha renunciado al trabajo y que ha partido de la ciudad sin dejar seña, lo quebró en dos. Sólo le dieron un dato: su jefe estaba atónito sin encontrar explicación, ya que en breve Hanna iba a ser ascendida a un puesto de mayor jerarquía. El joven hurgó en su mente durante años y siempre concluyó del mismo modo: seguramente la insólita actitud de Hanna se debió a sus vacilaciones, ya que él no se decidía a presentarla a sus amigos. Él y sólo él, era el culpable de su partida.

Algunos años después, cuando el joven se ha convertido en estudiante de Derecho, reencuentra a Frau Schmitz, en el juicio que se le sigue a seis mujeres que han sido guardianas en un campo de concentración nazi, por el siniestro episodio en el incendio de una iglesia, en el que las guardianas, no han abierto las puertas y han provocado que cientos de mujeres mueran calcinadas. Sólo han sobrevivido a aquel tormento, una madre y su hija, quienes lograron esconderse en un hueco que les salvó la vida. La hija, años después, ha escrito un libro en el que narra ese horror, y su narración es el testimonio clave para la realización del juicio. Así, el joven, se entera de que Hanna fue una de las guardianas. Indignado la aborrece, con la vacilación propia de quien ha estado amarrado a su olor. No se pierde ni un día del juicio, y en su mente se graba la imagen de la nuca de la mujer.

Es cuando Hanna prefiere declararse culpable, y soportar sobre sí la mayor penalización, cadena perpetua; a someterse a la prueba del perito calígrafo, para dirimir si había sido ella, quien efectivamente había escrito el informe en el que, según otra de las acusadas, trataba de inculpar al resto para salvarse, que el joven se da cuenta. Fuera de la escena del juicio, caminando a solas por el campo, liga las distintas escenas: él, a sus quince años leyéndole, las jóvenes del campo de concentración leyéndole, Hanna, en el juicio, instrumentando una argumentación en su defensa que pone al descubierto que no ha leído, ni los cargos que se le imputan ni el libro que narra los episodios en cuestión, y por último Hanna negándose a la pericia calígrafa; y es esta puesta en serie de las escenas la que hace que por fin concluya: Hanna es analfabeta. Pero esa conclusión no hace a la cuestión. Lo crucial en el relato, la verdadera conclusión a la que la lectura del joven da paso, es que Hanna no estaba dispuesta, bajo ninguna circunstancia, a dejar en evidencia su analfabetismo. ¿Vergüenza?

Quizás. ¿Pudor por saberse en falta? No lo sabemos, no hay ningún dato en la novela que de cuenta de las razones, ni de su analfabetismo, ni de su negativa a admitirlo públicamente. Lo que sí queda claro en el relato, es que cada vez que alguna circunstancia la acercaba a la posibilidad de que alguien lo advirtiera, Hanna huía. Así llegó a ser guardiana en un campo de concentración: huyendo de un ascenso que pondría al descubierto su falla. Por el mismo motivo se apartó de la vida del joven: nuevamente la iban a ascender de cargo.

Fue en ese momento de comprensión, que el joven se convirtió efectivamente *en lector*, momento de producción que implicó la pérdida de su fascinación por aquella mujer y por ende de su candidez. Las imágenes que atesoraba como un viejo recaudador, se precipitaron en cascada, mostrándole el verdadero nudo de la cuestión. Una cosa es pensar la acumulación como pura adición, como la sitúa el capitalismo, donde la pérdida sólo queda ubicada en uno de los productos que la estructura genera, en el proletariado para **Marx**, mediante la producción de plusvalía, punto de fijación por excelencia, y otra muy distinta, es ubicar la función del plus de goce, invención de **Lacan**, que da paso a una operación que ubicando al goce como ese punto de retorno de “siempre a lo mismo”, opera instaurando mediante el discurso del analista, **una pérdida que separa *el ideal del petit a***. El discurso del analista hace a la diferencia, ya que su operatoria, implica un giro de discurso, que ubicando al analista en el lugar de semblante de a, produce un  $S_1$ , resto que posibilita inscribir la pérdida como falta, cuya consecuencia es la escansión que profundiza la hiancia entre  $S_1$  y  $S_2$ . Como consecuencia de esta operación emerge la enunciación que indica la ubicación del sujeto. Momento lógico, a partir del cual es posible recorrer las huellas que vaciarán toda representación de ese sentido que mortifica.

La acumulación pensada en los términos de la lógica del materialismo dialéctico, le permite a **Marx** extraer consecuencias de sus hipótesis: el sujeto está sujetado a la estructura; y es esa sujeción la que determina, de acuerdo al lugar que a cada uno le toque ocupar, cual es su parte en la dialéctica del materialismo histórico; este punto nos parece central para el tema que aquí se está tratando, ya que consideramos que **Lacan**, sosteniendo una posición muy atenta en su lectura de **Marx**, también extrajo consecuencias. **Marx**,

construye la hipótesis de un sujeto, que pueda a través de su conciencia, deshacerse de la captura que produce *el fetichismo de la mercancía*, conciencia que determinará la *conciencia de sí y para sí*, instancias estas que, según **Marx**, permitirían al proletariado, encontrar las estructuras necesarias para subvertir las del capitalismo, y así deshacerse de dicha atadura, que lo condena al sometimiento de la explotación.

Pensamos que **Lacan**, interviene a propósito de este sujeto construido por **Marx**, produciendo un vaciamiento de significación que lo afecta, situando allí -donde **Marx**, hace prevalecer una consistencia- la radicalidad de la división subjetiva, despojando al sujeto de cualquier conciencia. Si para **Marx** el sujeto está sujeto a la estructura, y para **Lacan** la hipótesis del inconciente sólo tiene sentido, si y sólo si, el inconciente está estructurado como un lenguaje, y el sujeto pende de esa estructuración, creemos que **Lacan** valiéndose de su novedad, el *plus de goce*, genera las condiciones necesarias para que esta función vacíe de toda pregnancia al sujeto, recuperando para él su verdadero estatuto de sujeto dividido entre saber y verdad, sujeto evanescente de la enunciación. Si para **Marx**, el objeto es extrínseco al sujeto, y posee la capacidad de enajenarlo en su esplendor; para **Lacan**, el objeto es intrínseco al hombre, y por ende la causa ineliminable de su división. Indicar la *spaltung* del sujeto, lo ubica en un estatuto que lejos de plantear cualquier anhelo de utópica libertad, sitúa con precisión la hiancia que constituye la estructura.

Luego de esta necesaria digresión, volvamos a nuestra lectura de *El lector*,

Estábamos en el punto en que nuestro personaje se convirtió efectivamente *el lector*, cuando pudo percatarse de la verdadera cuestión en juego. Ni el sexo con púberes, ni los campos de concentración primero, ni la prisión después, eran los hitos en los que se jugaba algo de la verdad de Hanna, ni siquiera en el analfabetismo. El sólo hecho de que *no se supiera* que ella no sabía ni leer, ni escribir, era lo que le permitía sostener su fantasma: *hacerse leer*. Ya que no había sido el joven lector, quien había iniciado esta práctica en la vida de Hanna, es que nos consideramos autorizados a esta lectura. Hanna, tenía por costumbre en el campo de concentración, llevarse por las noches, a las muchachas más jóvenes y frágiles a su cuarto; pero lejos de satisfacer con ellas sus gustos sexuales (como

todos suponían) Hanna, sólo hacía que estas púberes le leyeran los clásicos de la literatura.

Fantasma que, permitiéndole gozar del cuerpo del partenaire, le imponía una restricción a Hanna, ya que al gozar de esos púberes, la belleza de esos cuerpos le hacía de barrera frente al encuentro con lo insoportable. **Lacan**, en **Kant con Sade**, le atribuye al fantasma una función: la belleza, en este caso el cuerpo de los púberes con los que Hanna, obedecía a la voz de su imperativo pulsional, hace de barrera que impide el encuentro con la castración. Podemos suponer que el imperativo social, presionaba sobre el analfabetismo de la muchacha, provocando su reticencia a mostrarse como tal, y haciéndola sentirse en falta. Pero como sabemos que no es lo mismo sentirse en falta (lo que nos remitiría a la relación al imperativo moral) que bordear la falta, (lo que nos remitiría a la gramática de la pulsión) podemos precisar lo que la lectura del texto nos ofrece, ya que en este *hacerse leer*, algo de la falta se soporta, sin toparse con ella. Por eso la huída, cada vez, no del horror común a cualquiera, no del horror de los campos de concentración, sino de su singular horror (lo que nos remite a la castración) le permite encontrar casi siempre una salida. Y en este casi, luego me detendré.

Años después de terminado el juicio, *lector*, para el que también había pasado el tiempo, ya en su madurez, siente la necesidad de leer para Hanna. La imagina sola en la cárcel, y empieza a grabarse leyendo en voz alta. Todas las semanas le hace llegar esas cintas grabadas sin ninguna nota. Mucho tiempo después comienza a recibir pequeñas esquelas, en las que con una letra tosca, la mujer se muestra agradecida por lo que él hace por ella. Pequeñas esquelas que nos indican que Hanna dejó de ser analfabeta. Y finalmente llega el día de la excarcelación. Él la llama para preguntarle qué quiere hacer en el momento en que salga de la cárcel. Ella le responde que lo tiene que pensar. Cuando el *lector*, se presenta a buscarla, la directora del penal, quien mucho había hecho para que él accediera a ocuparse de Hanna, le comunica la desconcertante noticia: su amiga, se ha suicidado la noche anterior.

Y es así que vuelvo al principio ¿por qué si luchó por el indulto se suicida un momento

antes de efectivizarlo?

Nada sabemos acerca del analfabetismo de Hanna, quiero decir de sus razones. Pero sí, porque el texto se articula en esta cuestión, del conflicto en juego: hay un conflicto entre “quiere que le lean” y una sociedad (en especial la alemana) que le exige “que lea ella”. Entre el imperativo pulsional y el imperativo social, se acumula la carga de dicho conflicto, carga que al no estar dispuesta a someterse a una pérdida, produce situaciones que llegadas a su máxima expresión, hacen que Hanna actúe según la lógica de la confrontación con un todo, que exige todo, sin que opere ahí ninguna pérdida. Hanna no puede de ningún modo mostrarse analfabeta, seguramente un férreo temor al rechazo social, hace que salga expulsada de cada confrontación. Expulsión que sólo encuentra una lectura posible en lo que el *“hacerse leer”* nos muestra de un recorrido pulsional. Que le lean, lleva a nuestro criterio, la marca de un beneficio secundario, que relanza la pregunta por el meollo de la cuestión. “Que le lean”, frase en la que se escucha todo el peso de la voz del imperativo, esa voz que ordena gozar, y que a través de ese goce, produce el único lazo social posible en esta muchacha: encontrarse con la voz del que le lee. Si en la cárcel aprendió a leer, seguramente habría sido difícil para Hanna, imaginar una vuelta a un mundo que no era el suyo. ¿Qué lazo social podría establecer ahora que sabía leer? Su logro la dejaba fuera, sin un lugar para ella, ya que sabiendo leer se diluyen las condiciones necesarias que prestan trama a su fantasma.

¿Y qué de aquel que presta su voz para que ella cumpla la orden de gozar que la voz del imperativo le impone?

A los quince años, en su pubertad, el joven, en su condición de partenaire, queda incondicionalmente entregado a ese goce de la muchacha: las imágenes grabadas en la retina de sus ojos, lo inutilizan al punto de obedecer a cualquier designio. Bajo el imperio de la pulsión escópica, el camino fue de la sumisión a la acción que en primer lugar lo ubicó como partenaire. Pero al avanzar la novela observamos el recorrido en el que la mirada pasó de la fijación a la imagen de la mujer poniéndose las medias, a la construcción de un relato escrito en la madurez de la vida, en base a las imágenes grabadas en su mente.

Movimiento pulsional que ubica allí un vaciamiento parcial del objeto mirada, que le permite al joven salir de la sumisión para convertirse verdaderamente en lector, sólo cuando fuera del juicio se da cuenta del analfabetismo de Hanna. Darse cuenta que señala la falta, que hace posible la pérdida de esa sumisión.

Y fue esta pérdida lo que le permitió historizar los sucesos, haciendo una lectura retrospectiva de las imágenes grabadas en su mente. En esa lectura encontró cada uno de los hitos por los que el significante fue dejando su marca. Y así nos permitió leer esos tres momentos que marcan las secuencias lógicas de un recorrido en el que la articulación entre el imperativo social y el imperativo pulsional, se deja escuchar.

Si en la primera parte del relato, los acontecimientos se presentan con un grado de disociación tal, que la gramática pulsional no encuentra, aparentemente, su asidero en el contexto social, la segunda parte de la novela, nos introduce de lleno en un juicio que pone sobre el tapete lo peor de la especie humana, y así lo pulsional muestra su entramado con lo social, por la vía menos pensada: una mujer que se convierte en guardiana de un campo de concentración, sólo para que no se descubra que es analfabeta. Y, conjunción que articula los dos imperativos que tensan la psiquis. El imperativo social y el imperativo pulsional, **Kant con Sade**, marcan los rieles por los que transita la cuestión: constitución del sujeto. Si en la primera parte de la novela prima el o exclusivo, y en la segunda se impone el y, de la conjunción, hay una tercera parte en la que otra vuelta de tuerca, ajusta los nudos que lanzan hacia una posible salida. ¿Salida para quién? Para el único que pudo hacer algo con eso: *el lector*.

Y a propósito de ese momento de conclusión, quisiera ubicar una escena que considero privilegiada en la novela, y es cuando al joven estudiante, una vez advertida por él la condición de Hanna, se le plantea la pregunta acerca de qué debe hacer con eso que advirtió. No se atreve a enfrentar a Hanna, con su verdad, y no está seguro de que sea él quien se lo deba comunicar al Juez, para evitar que ella cargue con una pena mayor que las otras guardianas. Ante esta disyuntiva acude a su padre, un especialista en Kant y Hegel. Esta apelación al padre, quien nada sabe de la existencia de Hanna, en la vida de su hijo, es

el único momento en que *el lector* se dirige a otro en busca de una orientación, esta apelación nos resulta un indicio interesante para ubicar una articulación entre, una conclusión que le permite cerrar un recorrido, y un paso que sólo no puede dar.

¿Qué hizo posible que en *el lector* operara esa pérdida?, no lo sabemos. Pero lo que sí está bien marcado en el relato, son los efectos de esa pérdida. Si a sus quince años la fascinación por Hanna, lo llevó a convertirse en aquel que le leía aquellos clásicos de la literatura a los que ella no tenía acceso; en sus años de estudiante, saliéndose de la escena del juicio, pudo ligar las distintas situaciones que hicieron que se de cuenta de que Hanna, era analfabeta. Pasaje de *ser aquel que leía* a *ser aquel que lee las marcas*. Lúcido momento del relato que nos permite reflexionar sobre las condiciones necesarias para que un efecto de lectura se produzca. Pensamos que esta necesidad implica un cambio de posicionamiento subjetivo, cambio que ubicando al sujeto por fuera de la situación, posibilita que desde el surco recorrido las marcas se lean produciendo una conclusión.

Si al principio de este trabajo hicimos hincapié en la demanda que al analista interpela, ya al final, y habiendo concluido nuestra lectura de la novela de **Bernhard Schlink**, queremos retomar una cuestión que Lacan plantea en la **Dirección de la Cura**, cuando nos dice, “*en cuanto al manejo de la transferencia, mi libertad en ella se encuentra por el contrario alienada por el desdoblamiento que sufre allí mi persona, y nadie ignora que es allí donde hay que buscar el secreto del análisis*”.

Y es en relación a esta cuestión que opto por dejar abiertas las siguientes preguntas:

¿Es posible pensar esta alienación como efecto de la captura que el cruce del imperativo social y el imperativo pulsional produce en todo hombre?

Y si así fuera

¿Qué recurso haría que aquel que desea ocupar ese lugar de semblante de a, se encuentre en condiciones de hacerlo?